

EL CASCABEL

	Pts.		Pts.
MADRID.	3 meses.	PROVINCIAS.	3 meses.
	6 meses.		6 meses.
	1 año.		1 año.
	1,75		2,00
	3,00		3,50
	6,00		7,00

MADRID 12 DE MARZO DE 1876.

DESPACHO: Plaza de Matute, 2, librería. Madrid.

	Pts.	VENTA.
ULTRAMAR Y EXTRANJERO	3 meses.	Número del día, 2 cuartos.
	6 meses.	Número atrasado, medio real.
	1 año.	Anuncios, á real línea.
	5,00	
	8,00	
	15,00	

UN ACTO DE JUSTICIA

Aun á riesgo de ofender su modestia, EL CASCABEL tiene que decir algo de su fundador; del que con tanta gracia como modestia ha logrado hacer de este periódico el más ameno y el mejor amigo de la familia.

Cárlos Frontaura, á quien todos los lectores quieren, los que le conocen personalmente porque han podido ver que el hombre sobrepaja al escritor, los que no le han tratado como si le conocieran, porque la naturalidad de su estilo, la pureza de su doctrina, la rectitud de su crítica cautivan y crean amistades; Cárlos Frontaura, repetimos, al cabo de catorce años de un asiduo trabajo, en los que su gracejo no se ha agotado, ha creído deber servir á la patria como funcionario y ha partido, como saben los lectores, á encargarse del gobierno civil de la aristocrática y laboriosa provincia de Salamanca.

Se ha visto, pues, obligado á cesar en las tareas que hasta ahora ha consagrado á EL CASCABEL, pero ha dejado este periódico en manos que procurarán buscar las del lector para estrechar con él lazos de afecto, y aun así y todo, es muy posible que de vez en cuando jugueteen en las columnas del periódico la honrada y festiva pluma que durante tanto tiempo las ha ilustrado.

Amigos, compañeros y admiradores suyos, los que quedamos reemplazándole, no podemos menos de reconocer que el éxito creciente de este periódico á Frontaura se debe: nos ha legado el aprecio de numerosos lectores, nos ha dejado una historia que puede reasumirse en dos palabras: *honradez y trabajo*, y esta es nuestra divisa.

Si algo bueno aparece en EL CASCABEL, á Frontaura se deberá, porque él nos ha enseñado á complacer al público. Ninguna responsabilidad debe alcanzarle si ocurre lo contrario.

Nosotros, deseando que en la vida política alcance éxito igual al que ha alcanzado en su vida literaria, nos complacemos en hacer público el sentimiento de nuestro cariño al escritor y al amigo.

Y estamos seguros de que los lectores se asocian á nosotros

COSAS DEL DÍA.

—Pues no dice doña Juanita que la guerra no puede acabarse nunca en el mundo.

—No le falta razón, porque la gente se aburre de vivir en paz y hay hombres que son ya por sí solos una revolución permanente.... si no, mire Vd. el marido de la pobre Sinforsosa, que es capaz de concluir con la paciencia de un santo.... Si le dan de almorzar temprano, se enfada; si lo hacen tarde, se desespera, y unas veces por poco y otras por mucho.... la cuestión es que aquella casa parece un campo de Agramante, y no pasa un minuto sin que deje de haber un jaleito de los buenos.... Sinforsosa es más buena que el pan, y cuando se muera, de fijo que va al cielo derecha; pero no consigue, á pesar de sus esfuerzos, que haya en su casa un momento de tranquilidad; genio y figura hasta la sepultura, y el genio, el carácter, el temperamento de todos los hombres y de casi todas las mujeres es belicoso, batallador....

—Por eso diría el hijo de la señora del cuarto tercero en aquellos versos que leyó con tantos aplausos en la reunión que nos dieron las del segundo, aquello de.... de.... ya no me acuerdo.

—Se refiere Vd. á la conclusión de aquella poesía tremebunda titulada *La guerra*.

—¡Eso! ¡eso!

—Pues decía así:

Es la triste condicion
Del hombre sobre la guerra,
El llevar siempre la guerra
Metida en el corazón!!

—Mi marido dice que los versos no son muy buenos.
—Pero son una gran verdad.

—Vámonos á Pozuelo.

—¿A qué?

—¡Vaya una pregunta! á ver las tropas que llegan del Norte; tengo unas ganas de echarles un viva, que no duermo ni como á gusto hasta que me desahogue dando unos cuantos gritos.

—Yo estoy muy enfadada porque no pasan por aquí....

—Pues se enfada Vd. sin motivo. ¿Le parece á Vd. que estaría bueno el obligar á los pobrecitos soldados á recorrer todas las calles de Madrid despues de lo cansadísimo que vendrán? Haga Vd. lo que yo: cojer la mantilla y tomar aquel día el *péndingue* hasta la noche, porque habrá función para unas cuantas horas....

—¡Ya lo creo! ¿Y si nos ahogan en el barullo?

—Muchas reflexiones se le ocurren á Vd.; si estuviera usted tan entusiasmada como yo, no le pasaría á Vd. lo mismo; yo por ver la entrada del ejército soy capaz de cualquier cosa, y aunque poco amiga de pedir favores, ya tengo hablado á un primo de mi cuñada que tiene mucha influencia con un portero del ministerio de la Gobernación para que me proporcione un sitio.

—¿En alguno de los balcones?

—No, señora; encima del reloj.

—Pues yo....

—Le aconsejo á Vd. que no salga, porque siendo tan aprensiva y tan egoísta y tan *mírame no me toques*, con el aire marcial de nuestras valientes tropas se va Vd. á constipar.

—¿Me alquila Vd. el balcon por unos cuantos días?

—Aunque me diera Vd. mil duros, se quedaria con la gana.

—¡Ave-María purísima!

—Lo que Vd. oye. No cambio yo por nada del mundo el ratito que voy á pasar cuando entren las tropas.

—Y no podria Vd. influir para que me permitiesen subir al tejado?

—Todo lo tiene comprometido el dueño de la casa para ese día; con decirle á Vd. que á mi bohardilla trastera va á venir la hija de un ex-intendente y la sobrina de un coronel retirado; ¡ya ve Vd., conformarse con estar entre muebles viejos!

—En cuanto á eso, puede ser que jamás se hayan visto en un lugar más á propósito.

—D. Fermin, sabe Vd. que es gracioso lo que á mi me pasa.

—¿Qué le pasa á Vd., señor Francisco?

—Pues nada que he vivido en la creencia de que tenía veinte mil duros y ahora resulta que solo era una ilusión.

—¿Algún sueño?

—Casi, casi, porque hay cosas en este mundo que no pueden hacerse más que estando uno dormido... Figúrese Vd. que tuve la buena ocurrencia de comprar papel del Estado hace algún tiempo y desde entonces los fondos han ido bajando con la misma velocidad que si se tratase de una bola de billar y un plano inclinado.

—De manera que hoy....

—Mi situación es apurada y mañana ó vengo mis láminas cuyo valor se aproxima al de un pliego de aleluyas ó me quedo sin comer.

—¿Pero y dónde se han ido los veinte mil duros?

—Eso mismo digo yo; no faltará por ahí algún bolsista que se los haya encontrado.

—¡Esos bolsistas son el demonio! Es hasta donde puede llegar el ingenio. ¿De qué sirven las arcas de hierro y las precauciones de que suele rodearse el dinero?

—De nada... D. Fermin de nada... yo tenía mis veinte mil duros bajo siete llaves, y sin embargo, me los han ido sacando poco á poco sin sentir y me encuentro con que sin haber tocado nadie á mis títulos de consolidado valen hoy mucho menos.

—A mi siempre me han gustado las buenas onzas de oro y no esos papeles que al menor soplo suben ó bajan como las estampitas que se echan por los balcones en las procesiones de Minerva.

—Es raro lo que pasa... hoy que parece vislumbrarse una era de gloriosa prosperidad para la patria...

—Los fondos públicos son *insondables*.

—Son casi un abismo.

—Ellos tendrán probablemente la culpa de que yo me vaya á fondo.

—¿Qué es eso de contestación al mensaje?

—La respuesta que dan las Cortes al discurso del rey.

—Y en un escrito de esa naturaleza se pueden hacer *enmiendas*! Si se lo hubieran dictado á mi sobrino, por muy largo que fuese, de fijo que no saca ni media equivocación. ¡Pobrecillo! Vivir oscurecido ganando cuatro reales en una escribanía de Cámara cuando tiene una letra inglesa y una ortografía hasta allí! No le diga Vd. eso de las *enmiendas* porque se va á poner furioso, es hombre que viendo un tachón ó un borroncito aunque sea como la punta de un alfiler se sale de sus casillas y con razón. ¡Porqué se permitían subir á ciertos puestos á gentes que no saben escribir!

—Buenos días, vecino.... ¿tiene Vd. mala cara!.... ¿qué es eso, ha dormido Vd. mal?

—¡Calle Vd., hombre! No he podido pegar los ojos en toda la noche.

—¿Qué ha sido ello?

—¿Qué ha de ser?... nada. Leí antes de acostarme en *La Correspondencia* que van á enviar á Cuba dos regimientos de caballería y me he estado pensando cómo podrán viajar por mar.

—¡Toma! muy fácilmente. ¿No ha oído Vd. hablar de esos vapores de ciento y de doscientos caballos?

—Sí, señor.

—Pues nada.... quiere decir que cuando vayan esos regimientos, se aumenta el número de los animalitos, y para usted de contar.

—Pues es que tiene Vd. razón.... ¡y no haber yo caído en ello! Gracias, vecino. Hasta más ver.

—Oiga Vd., señá Menegilda, puesto que ya tenemos paz, no será menester timbre de guerra para las cartas y los objetos que se expenden al público.

—¿Eso me lo pregunta Vd. á mí, tío Lucas?

—Como es Vd. estanquera.

—Pero aunque lo soy; y á mucha honra, no tengo sentimiento con el gobierno: ni entro, ni salgo, ni hago más que vender lo que me dan en la terrena.

—De modo que Vd. cree....?

—Que habrá sellos de guerra para rato.... y *vele ahí* que así debe ser, porque si la guerra ha acabado, aún queda el rábo por desollar.

—¡Yal quiere Vd. decir aquello de «no siento yo que mi niño enfermó, sino el resabio que le quedó.»

—Eso es, tío Lucas.

—Pues *miste*, señá Menegilda, lo que es el *probe* no puede resistir eso. Los impuestos, que dicen, son hoy por hoy dobles y triples que antes.

—¿Y eso le asusta á Vd...? Pues hijo, tome Vd. calaguala, que con el tiempo serán, no digo yo dobles ni triples, sino también *cuadrúpedos*.

—¿Con que van á quitar la fuente de la Puerta del Sol?

—Eso dicen.

—¿Y qué pondrán?

—Un monumento conmemorativo de la paz.

—¿A que no sabe Vd. cual sería perfectamente alegórico y de más rigurosa propiedad?

—¿Cual?

—Una estatua de mi suegra.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS Y SOCIALES

LA PROVINCIA Y LA ALDEA.

Cuadro segundo.

EL CACIQUE DE PUEBLO.

Aunque este tipo varía en la forma, en el fondo es el mismo en todas partes.

Por regla general pertenece á una familia de *historia*.

Cuando llega un forastero al pueblo en donde domina, y al verle pasar con la arrogancia de un señor feudal, pregunta:

—¿Quién es ese?

Sus vecinos, que le odian, aprovechan la ocasión de desahogarse, contando las misteriosas causas del ascendiente que ejerce sobre el pueblo.

Este tipo es hijo de la revolución.

Suele ser rico ó por herencia ó por conquista; pero la causa originaria de su fortuna es siempre justiciable.

Dejemos al cacique que hereda el título, y bosquejemos al que le consigue por derecho propio.

Dotado de un carácter enérgico, desde muchacho ha logrado dominar á sus camaradas en los juegos infantiles.

Más tarde se ha distinguido por su desaplicación.

Oid al maestro y os asegurará que nunca ha podido hacer carrera de él. En la clase era el más revoltoso, el más desaplicado.

Aficionado á *hacer novillos*, solía plantarse en los alrededores de la escuela y decir á sus compañeros:

—Si entráis os pego.

Y cumplía su palabra, razón por la cual todos le temían y muchos de ellos le seguían, convirtiéndose desde luego en sus cómplices y servidores.

Después de haber aprendido malamente á leer y á escribir, se hizo pendenciero, jugador y enamorado.

Era atrevido con las mozas.

Aprendió pronto todas las trampas del juego, y como estaba seguro de que su travesura le había de librar de cualquier percance, en cuanto alguno le descubría, resolvía la cuestión con el garrote ó la navaja, haciéndose temible.

Cuando no se valía de estas armas, aprovechaba el atractivo de su agraciada figura ó la influencia del natural ingenio para llegar por estos medios á dominar á sus vecinos.



Como si adivinara la necesidad que en lo sucesivo ha de tener de conocer la ley para hacer la trampa, suele matricularse al notariado en la capital de la provincia donde reside, y anda un poco de tiempo entre la curia.

No hay feria á la que no acuda y en la que no haga algún negocio.

Comprendiendo que necesita auxiliares para realizar sus destinos, los busca entre los más viciosos y se forma con ellos una especie de camarilla.

Estos desalmados, cuya cooperación sostiene á fuerza de francachelas y de dádivas, completan su poder.

Cuando el cacique llega á tener esta guardia de honor, especie de embrion de partida de la porra, no hay quien le *tosa* en toda la comarca.

Mostrándose humilde con sus secuaces y soberbio y tiránico con los que, al ver todo el lujo de fuerza que despliega, le temen, no tarda en ser el amo del cotarro.



La política, que necesita de auxiliares como él, no vacila en buscarle y en ponerse á su lado, si es preciso, para que venza á los caciques que le han precedido en el desempeño de sus funciones, á trueque de favores que cuestan muchas lágrimas al pueblo.

Por regla general el cacique no tiene opiniones políticas.

Voy á dar una triste noticia á mis lectores; pero la verdad es que en saliendo de Madrid y algunas ciudades principales, las ideas y los principios políticos se transforman en hombres.

—¿De qué partido es Vd.? preguntan, por ejemplo, al habitante de una aldea, y en vez de responder moderado, progresista, unionista ó demócrata, responde:

—Soy del partido de Fulano. (El nombre del cacique de quien teme ó espera.)

Las observaciones que acabo de pintar explican ese fenómeno, que habrá llamado la atención de mis lectores, de que cuando un gobierno es blanco ó negro, la mayoría de las Cortes es de la opinión del gobierno, y suceda lo mismo pocos meses después, cuando el gobierno tiene distinto color político.

Porque una de dos:

O hay que confesar que el cuerpo electoral es muy voluble, toda vez que concede mayorías á todos los partidos que dominan, ó que es muy débil, y en vez de representar la opinión representa el miedo.

De un modo ó de otro, ó por enfermo ó por culpable, merece un buen castigo.

Pero busquemos de nuevo al cacique.



Él dispone de los votos de su provincia; él influye en todas las cuestiones locales, y el que, víctima de la centralización desastrosa que impera en España, tiene que construir un molino, levantar una casa, instalar una fábrica, realizar cualquier acto de esos que necesitan expedientes voluminosos llenos de consultas; el que necesita algo de la administración, repito, no puede prescindir de valerse de la influencia del cacique, sacrificando sus creencias, sus sentimientos, sus opiniones y á veces algo más, para el logro de la cosa más sencilla y más justa.

Los que son amigos del cacique pueden vivir tranquilos.

El cacique desea algunas veces ser alcalde y procura siempre formar parte del ayuntamiento.

Aquí se me ocurre hacer una pregunta que ya la he formulado muchas veces.

Si se nombrase un jurado sin más misión que la de examinar los inventarios de los bienes de propios de los pueblos en el año de 1800 y los de hoy, ¿cuántas personas irían á presidio?

Yo condeno el socialismo; pero no puedo menos de disculpar á las clases ignorantes que del socialismo lo esperan todo.

Pues qué, los infelices braceros que han sabido por sus familias, por sus padres, por la tradición, que tal ó cual campo, tal ó cual heredad pertenecía al pueblo y que hoy saben que aquellos bienes, sin legítimo título de propiedad, son del dominio del cacique ó caciques (que á veces hay más de uno en los pueblos) y de sus paniaguados, ¿no han de creerse con títulos iguales para poseer lo que no les pertenece?

¡Ah! si en vez de hacer política se administrase en España, si se averiguase cómo han desaparecido de los inventarios los bienes que faltan y en poder de quién se hallan, algo más rica sería la Hacienda española y algo más felices viviríamos todos.



Pero aun hay más: los caciques contribuyen con su influencia á esas infinitas ocultaciones de la propiedad que se hacen en los pueblos para evadir el pago de la contribución, y son la verdadera causa del injusto reparto, de esa imprescindible carga que, cuando es equitativa, cuando es justa, no es gravosa, ni con mucho, ni á la propiedad, ni á la industria, ni al trabajo.

Resulta, pues, que el cacique es en los pueblos el representante de la fuerza y el egoísmo, que son las cualidades distintivas de la política tal como la conocemos.

Es, además, la tea de la discordia, y aunque parece que es feliz, vive rodeado de amigos mientras les sirve para algo, y de enemigos que solo desean su mal y aprovechan todas las ocasiones de causárselo.

Su casa suele ser un infierno. Ocupado continuamente en las intrigas, no se cuida de su mujer y tiene abandonada la educación de sus hijos.

La mayor parte de las veces muere el cacique á mano airada.

No son pocos los que han concluido de un trabucazo.

Haced una leva de estos perturbadores, y no lo dudeis, España será una balsa de aceite.

A TU MADRE

CARTA DEL INTERIOR.

Sér incivil, que no quieres de amor ningún testimonio, vergüenza de las mujeres y borron del matrimonio. Vieja atroz que no consiente que el ángel que Dios le dió tenga un marido decente como lo sería yo.

Imagen de Lucifer que exaltas mi frenesí, ¡si yo no puedo creer que haya una mujer así!

Que una niña angelical inspire un amor profundo,

es cosa muy natural que se explica todo el mundo. Y que sin saber por qué ella quiera á quien la adora, si no se lo explica usted me lo esplico yo, señora. Si fuego y estopa fuimos, es justo que nos amemos; si los dos nos comprendimos y los dos nos entendemos, y ella por su bien porfia y yo á mi pasión me aferro, ¿quién á Vd., señora mía, le da vela en este entierro? ¿Por qué viene usted á turbar la dicha de que es testigo? ¿Acaso piensa enviudar para casarse conmigo? Es amor una manía que nos subyuga y aplace, castillo de soltería que el matrimonio deshace; sueño de la primavera alegre y regocijado; Usted supo lo que era, pero lo tiene olvidado.

Conste, pues, escrito aquí con altivez soberana, que los dos con frenesí nos queremos... porque sí, y porque nos dá la gana.

CONRADO SOLSONA.

LA TERTULIA DE LA LIBRERÍA.

Las costumbres, en sus continuas reformas, han quitado gran parte de oportunidad á este artículo. Ya no es la librería el habitual punto de reunión en que nuestros padres comentaban las interesantes noticias de Rusia publicadas en la *Gaceta* con tres meses de retraso á lo sumo; la tribuna en que se debatía la eterna cuestión de los *chorizos* y *polacos* y el observatorio en que se pasaba revista á las nuevas publicaciones, sin perjuicio de conspirar cuando llegaba la ocasión contra los gobiernos, que este ha sido vicio arraigado lo mismo en las costumbres de nuestros padres que en las nuestras. Los ateneos, los casinos, y más principalmente los cafés, han triunfado de las librerías y los antiguos concurrentes á estas, las han abandonado, permitiendo á los libreros consagrarse más á su comercio y menos á la murmuración política, literaria y social.

Aún hay, no obstante, quien lucha por la conservación de la costumbre tradicional de pasar una hora como testigo de las transacciones bibliográficas y observador de lo que pasa por la calle, gracias á los modernos escaparates, que causarían profundo horror á nuestros abuelos, si pudiesen verlos.

En dicha hora de tertulia ¿cuántas y cuán interesantes observaciones pueden hacerse! ¿Qué de preguntas impertinentes! ¿Qué diversidad de tipos!

Ya es un lugareño que con la frase de *santas y buenas noches* en la boca y con dos duros en la mano pretende que se los den de comedias. En vano será que se le pregunte cuales quiere, ni siquiera el género de las mismas: el hombre ha recibido el encargo de llevar á Móstoles cuarenta reales de comedias, y el librero tiene que dárselos.

Siempre recordaré á un individuo que entró á comprar en casa de un amigo *un libro*: á todas las preguntas que le fueron hechas no añadió más detalle que el de que fuera un libro que *tuviera letras* y que sirviera *para leer*. No tengo presente el título de la alhaja de que se desprendió el librero; pero seguramente que sería notable.

Una mujer del pueblo entra en la librería y llama aparte al encargado del despacho.

—Yo quisiera, le dice, un libro como el que tiene la Ramona.

—¿Cómo se llama?

—¡No le digo á Vd. que Ramona!

—No digo eso: pregunto por el título del libro.

—El título.... ¿Pues qué, tienen los libros nombres como las personas?

—Seguramente, y sin saberlo no es posible...

—Pero como yo le diré lo que pone... Usted se sabrá todos los libros que vende...

—No alcanza á tanto mi memoria. Pero, en fin, ¿de qué trata?

—La verdá es que me da empacho decirlo... En fin, como veo que no lo adivina usted, tendré que pasarme la mano por la cara.

—Hace rato que debiera usted haberlo hecho.

—Pues bien; es uno que explica los sueños...

—Acabáramos... Aquí tiene usted el libro... que vale cuatro reales.

—Eso luego.

—¿Cómo luego?

—Pues clarito: voy á leerlo para ver si dice algo del sueño que tuve anoche. Mirusté, soñé que me apretaban aquí, salva la parte, unos diablos y que me dejaban sin respiración; y que luego arrojaban á un pozo á mi Miguel... ¿Dirá el libro algo de mi Miguel?

—No señora,—interrumpe por fin el librero,—el libro igual al de la Ramona que habla de su Miguel, no se vende en esta librería. Se han concluido los ejemplares.

—Pues mirusté, lo siento, porque si lo dijera, puede que nos hubiéramos arreglado con el libro, si me lo dejaba en doce cuartos.

Esta escena, reproducida veinte veces al día, en análogas circunstancias, explica el mal humor de algunos librereros y la lijereza de sus contestaciones. Hace pocos días que una actriz se asomó á la puerta de una librería y preguntó rápidamente:

—¿Tiene Vd. *Cadenas de oro*?

—Esta no es platería, contestó el encargado, olvidándose de que hay una zarzuela de dicho título.

Otras veces es un bromista el que pregunta:

—¿Tiene Vd. *Malas tentaciones*?

Y cuando el librero se dispone á sacar la comedia de aquel título, sigue diciendo el parroquiano:

—No se moleste Vd.; pero creo que debe Vd. evitarlas si desea conservar la salud de su alma.

La cualidad de editor, que suele acompañar á la de librero, le pone en contacto con todos los géneos desconocidos que pasean sus manuscritos de extremo á extremo de Madrid, buscando inútilmente quien se atreva con ellos.

—¿Usted es editor? le pregunta el aspirante á literato.

—Sí, señor, responde el librero; editor soy, aun cuando publico muy poco, en razon á los malos tiempos.

—Precisamente los malos tiempos me obligan á molestar á Vd. Yo, segun dicen mis amigos, tengo mucho talento.

—¡Hola! ¡hola! ¡no es malo eso!

—No, lo malo no es eso, sino lo otro.

—¿Y cuál es lo otro?

—Que solo me conocen mis amigos; pero Vd. puede ser mi padre.

—Hombre, no sé qué tenga que ver....

—Sí, señor; Vd. puede ser mi padre publicándome el poema que he terminado y mediante el cual pasará de la

oscuridad á la gloria y de la estrechez á la opulencia. Mire usted: el poema se titula *El Hombre* y es eminentemente filosófico y profundo.... Yo soy muy fuerte en todo lo filosófico.... Demuestro en mi poema que el hombre no es el rey, sino la vergüenza de la creación; hago observaciones muy atinadas respecto á los desaciertos del Omnipotente en un canto en seguidillas que es una verdadera novedad, y proclamo el suicidio colectivo de la humanidad como el fin eminentemente humano de mi libro.

—Siento repetir á Vd. que publico muy poco, y que no puedo....

—Sin embargo, cuando le traigo una fortuna.

—Yo se la agradezco, pero no puedo aceptarla.

—Y no habria medio de que Vd. lo recomendará á otro editor....

—Tal vez los que se consagran á las publicaciones filosóficas....

—No, señor; solo uno consiente en publicarlo y con cierta condicion.

—¿Que le regale Vd. algunos miles de duros?

—No; que apruebe mi manuscrito la autoridad eclesiástica.

—Pues eso, dado el carácter de su obra....

—No es muy fácil, no; por eso preferiria que Vd. la imprimiera.

—Gracias; no acostumbro á publicar versos.

—Entonces me tomará Vd. seguramente un estudio en prosa sobre los crímenes de los emperadores.

—No hago libros políticos, sino industriales y agronómicos.

—Pues ya verá de traerle á Vd. alguna cosita: mi discurso sobre la negación de Dios mediante los tres reinos de la naturaleza.

—No, señor; veo que no podemos entendernos.... Usted debe imprimir por cuenta propia.

—Buena idea! Así como así, yo profeso la máxima de que todos los editores son unos miserables....

—Oiga Vd....

—Y yo me rebajaba ofreciendo mis obras.... ¡Sin duda estoy loco!

—No, señor; todavía no se ha dado el caso de que un tonto se vuelva loco.

—¡Vd. me injuria!

—Y Vd. me está haciendo perder un tiempo precioso.... ¿Qué deseaba Vd., caballero, pregunta á un nuevo parroquiano?

—¿Vd. tendrá el Quijote reproducido foto-litográficamente?

—Sí, señor; un ejemplar me queda. Véalo Vd.

—¿Y la Biblioteca de autores españoles?

—¿Unos cincuenta tomos?

—¿Puede Vd. enseñármelos?

—En seguida: muchacho, coje la escalera y baja esos cincuenta tomos.

—Mientras lo hace, ¿Vd. podrá enseñarme la *Historia de España* de Lafuente?

—Sí, señor.

—¿Y la *Universal* de César Cantú?

—También la tengo.

—Muy bien; creo que al fin y al cabo me quedaré con todos estos libros.... Por el pronto llevaré el último tomo de á real y medio de la Biblioteca de Múrcia y Martí.

—¿Lo va Vd. á llevar de veras?

—Sí; por ahora me lo dejará Vd. apartado y volveré por él más tarde.

Los asiduos concurrentes á la librería comentan en voz baja todas las escenas referidas, y conforme van saliendo de la tienda los respectivos parroquianos se entretienen en buscar explicaciones al sueño de la amiga de Ramona, añaden capítulos imaginarios al poema del vate desconocido, ó dan broma al dueño de la librería con el comprador que le hace perder dos horas revolviendo toda la tienda para llevarse al cabo el sainete *El Viudo* ó *Los perfumes de Barcelona*.

Pero así como el casino y el café han dado muerte á la tertulia de la librería, esta á su vez ha concluido con los gabinetes de lectura, y los periódicos y revistas que se conservan sobre el mostrador sirven para entretener los ócios de los tertulianos que en aquella atmósfera puramente literaria y comercial discuten abstractamente los problemas más difíciles de la política ó los resuelven de plano con una seguridad eminentemente española. Donde la política sienta sus reales, la murmuración reclama sus fueros, y á poca oposicion que exista entre los pareceres, no hay hombre público á quien no se corte algun vestido, poco ó nada compatible con su honra. Pero si en medio de la discusión más acalorada cruza por delante de la puerta ó penetra en la librería una mujer de verdadero mérito personal, las discusiones cesan como por encanto y todas las opiniones coinciden en un elogio. Tal es el privilegio que encierra la hermosura de la mujer.

Durante las horas que he pasado en mi tertulia-librera he oido pedir el *Código penal con láminas*, *La Historia de Roma* y demás pueblos del Asia, *Las Lamentaciones de Poncio Pilatos* y otra multitud de libros cuya indicación bibliográfica volveria loco al investigador más cachazudo.

Pero como el librero es hombre y está sujeto por lo tanto á todas las exigencias de la flaca naturaleza, es intransigente con la amistad en cuanto la hora de la cena se aproxima, y con la ordinaria indirecta de á ustedes les esperarán en el café ú otras análogas, declara cerrada la sesión, mientras los dependientes de la tienda se disponen á cerrar la misma.

M. OSSORIO Y BERNARD.

FOLLETIN.

EL LIBRO DE LAS MADRES

POR

PAULINA L.

LUISITA

I

La muñeca.

(Continuacion).

Pero hablemos de otra cosa. ¿Qué muñeca te parece que escojamos? Ayer fijaste tu atención en una que habia en un escaparate; tenia un vestido con ramos de oro, cabellos adornados con un hilillo de oro, una sortija de oro en la mano; parecia una hada; pero no te la compraré. El mundo no es una comedia de magia; las buenas y las malas hadas están en nosotros mismos. Cuando te sonries eres el hada de la gracia; cuando te pones seria eres el hada de la fealdad; cuando estudias bien las lecciones, cuando te diviertes sin remordimiento, cuando corres por el jardín, eres el hada de la primavera. No hay bajo el cielo más encantamiento que nuestras buenas acciones.

Cerca de esa muñeca de que hablamos habia una señora con una corona en los cabellos: era una reina, una emperatriz cualquiera. ¿Quién puede enseñarlas? Esas muñecas son encantadoras; pero no se las puede desnudar sin quitarles todo su prestigio, y los oropeles que ostentan son lo único que las impide asemejarse á todas las demás mujeres; solo son semejantes á nosotras cuando lloran y cuando sufren. ¿Tú no quieres ser reina ó emperatriz? No porque esto sea imposible; todo se vé en el mundo y todo puede verse; pero deseo que seas feliz y por lo mismo no abrigo semejante pretension respecto de tí.

Después de lo que te he dicho, ya comprendes que no elegiré una de esas muñecas extravagantes, que no son más que muñecas y que no están fabricadas más que para agradar á otras muñecas. ¿Consentirás tú en ser la madrina ó la mamá de una de esas elegantes cuyo guarda-ropa cuesta más caro que un canastillo para un lloron y que llevan encima mantones de veinte ó treinta duros?

Sí, veinte ó treinta duros; es decir, lo necesario para que se alimente una familia modesta durante un mes, lo necesario para pagar á una criada durante cuatro ó cinco meses, lo necesario para vestir y cuidar de la educación de algun huérfano durante un año.

Además, tú no te atreverías á introducir en casa á una muñeca mejor vestida que tu mamá y que pareciera estar escitándonos y nos indujese á tí y á mí á arruinar á tu padre para no perder nuestra superioridad ante ella.

¿Te atreverías á llevarla en tus brazos y pasar con ella por delante de la iglesia en que se predica la igualdad, ante los pobres que te pidieran una limosna?

Ya has oido á tu padre hablar algunas veces de esos hombres malos que quieren apoderarse de la fortuna de los ricos; pues has de saber que hay personas tan malas como ellos ó peores: las que quieren apoderarse de lo que pertenece á los pobres, que no son otras que las que perturban en las familias el orden, la economía, la limpieza y la sencillez. Corromper el gusto es tan indigno como quemar las casas: peor es aun quemar las almas.

Son enemigos de las madres previsoras y de las niñas modestas los que nos estimulan á colocar esas sirenas de las tiendas de confección entre vuestras cunas y nuestros costureros.

No, no, Luisa mia, aún te hallas á bastante distancia de tu primer vestido de seda para convertirte en mamá de una muñeca vestida de terciopelo. No quiero exponerte al peca-

do de la envidia, y de la envidia más fea y más baja de todas: la de las telas, la de los trajes, la de los trapos.

¿Quieres que te compre un niño lloron? ¿Te ries? ¡Cuidadito!

Mira, un niño de esos que no saben decir más que papá y mamá, y que no saben más que abrir y cerrar los ojos, es un pobrecito que implora caricias, y cuando te hayas cansado de darle esta limosna de amor, cuando le hayas mecido, cuando le hayas contado todos los cuentos que tú sabes, tendrás que volver á empezar la misma operación; no podrás confiarle ni tus ideas ni tus disgustillos; no podrás recitarle tus lecciones, y lo que es él no crecerá, es decir, no se transformará como tú, siempre dirá papá y mamá, aun cuando le recites la Gramática, la doctrina cristiana ó el Fleury.

Ya veo que no te conviene. Los niños llorones no son más que para los niños pequeños y para las abuelas. No hablemos de ellos.

Tampoco quiero comprarte ni pasiega, ni gallega, ni aldeana. Nada de eso. Tú pondrás á la muñeca que escojamos todos los trajes que quieras. La compraremos, ni más ni ménos, que como estaba el niño Jesús en el pesebre; tú te encargarás de vestirla.

Yo quiero que sea grande, bonita de cara; es decir, que tenga una cara agradable y verosímil, porque á las muñecas las hacen las caras como los trajes, con una exageración inusitada.

No la quiero, ni muy colorada, ni muy pálida, ni muy mofletuda, ni muy delgada; ni bella, ni fea; en fin, como tú, una muñeca que disfrute de buena salud.

Deberá tener ligereza, desenvoltura en los miembros; sin que por eso esté descoyuntada. No me fio yo mucho de las muñecas que se prestan á todas las actitudes. Necesita de cierta formalidad, para no perder su dignidad natural.

(Se continuará).

DAMES Y PIRETES

El Tiempo ha puesto el dedo en la llaga y ha encontrado la verdadera panacea de nuestros males.

—¿Pues qué ha hecho *El Tiempo*? preguntará el lector.

—Proponer el aumento de la Guardia civil.

Si EL CASCABEL fuera el llamado á arreglar la cosa pública, propondría que se elevase á cuarenta ó cincuenta mil hombres la fuerza de la Guardia civil, la repartiría en toda España convenientemente, para que hubiera en el campo tanta seguridad como en Madrid; no tendría más soldados por ahora, y después de organizar así las cosas, cuando le hablaran de pronunciamientos se echaría á reír.

Prosiga *El Tiempo* dando buenos consejos al gobierno, para que pueda decir España que avanzamos cara al buen tiempo.



No faltarán atrocidades como la que ha tenido lugar en Falces, población de Navarra.

Los voluntarios vistieron un maniquí de carlista, y después de pasearle por el pueblo montado en un mulo lo quemaron en una hoguera.

Al dar esta noticia, que acusa un verdadero salvajismo, añade el corresponsal que la cuenta:

«Que esto lo hubiera hecho el pobre soldado, que se ha batido en cien combates, no lo hubiera extrañado; pero me extraña de la milicia de Falces, que se formó á últimos de Junio del 75, cuando ya hacia seis meses no se veía ni un solo carlista, después de haber conquistado Puente la Reina.»

¡Qué valientes, y sobre todo qué civilizados!



También en un pueblo del distrito de Gandesa han hecho los milicianos de Mora de las suyas.

Verán ustedes qué proeza.

En primer lugar se dirigieron al pueblo de Bot.

Una vez allí, y para demostrar cuán cierto es aquello de que en perro flaco todas son pulgas, llamaron al maestro de escuela, y pretestando que había murmurado contra ellos, le administraron veinticinco palos en la plaza pública.

Es decir, en la plaza pública no se los dieron, que se los dieron en sus espaldas.

También estaba en lista un rico propietario que pudo escurrir el bulto.

Ni en Cafrería suceden estas cosas, y si han de llevarse á cabo venganzas por este estilo en los pueblos, será mejor irse á Marruecos que vivir en España.

Es preciso que estos actos no deshonren á la libertad, ni demuestren que tras la guerra felizmente acabada, tiene la autoridad que dedicarse á cazar cafres en España.



El valiente y honrado Puig y Llagostera ha inaugurado su política útil y patriótica.

La empleomanía es lo primero que se le ha puesto entre ceja y ceja, y ha hablado como un libro al proponer al Congreso que se organice la administración.

Esta cuestión es la madre del cordero, y es de temer que la manía siga degenerando en epidemia.

Su proposición se ha adoptado, pero..... ¡Ya me entienda usted!

ESPECTÁCULOS PÚBLICOS.

EL CASCABEL abre hoy una sección especial para dar cuenta de las funciones teatrales.

Tres novedades ha ofrecido la última semana: una ópera, un drama y una zarzuela.

La ópera es *Dinorah*, que se llama en francés el *Pardon de Ploermel*, y que se ha cantado por la primera vez este año con gran gusto del escogido público que asiste al teatro Real.

El drama se titula *Al pie del cadalso* y tiene por objeto explicar los motivos que impulsaron al Rey D. Juan II á entregar al verdugo á su famoso privado el condestable D. Alvaro de Luna.

Bien versificada esta obra, en la pintura de los caracteres flaquea de una manera lastimosa.

El público, después de ver al célebre valido tal como le presenta el autor, impresionable, débil, pidiendo auxilio á cada instante y demostrando que en toda su vida no se ha ocupado más que en conquistar voluntades femeniles, no necesita para justificar su condena de las pruebas que resultan contra él.

Basta verle para condenarle... al olvido, dejando por todo epitafio en su losa fúnebre una sonrisa burlona.

Y es lástima, porque, lo repito, el drama está bien versificado, hay allí arranques de inspiración, se ve al poeta; pero el autor dramático no ha parecido para nada.

Victorino Tamayo, Calvo y Elisa Mendoza Tenorio hicieron proezas, y el público los aplaudió con justicia.

También aplaudió al autor y le llamó á la escena; pero otra vez debe pagar esta galantería del público trabajando más, porque debe y puede.

La zarzuela, letra de Puerta y Vizcaino y música de la señorita doña Soledad Bengoechea, se titula *A la fuerza ahorcan*.

De escaso mérito el libreto, solo ha servido para que luzca sus dotes de notable compositora la señorita Bengoechea, que sabe hacer música de primer orden.

La ejecución fué esmerada y hubo aplausos, sí, señor, los hubo; pero los autores han retirado la obra del teatro.

¿Por qué? Lo ignoro; pero.... á la fuerza ahorcan.



El barberillo de Lavapiés ha aparecido nuevamente en escena. Dolores Franco y Tormo, inimitables. El público entusiasmándose cada vez más con esta popularísima zarzuela.

Detalle histórico: un forastero que llegó hace pocos días á Madrid y necesitaba afeitarse, preguntó á uno de sus habituales acompañantes qué peluquería era la mejor.

—Existen varias, replicó el interrogado.

—Pues bien, dijo el forastero; lléveme Vd. á donde afeite el Barberillo de Lavapiés.



En algunos teatros de esta corte se están ensayando apópsitos lírico-dramáticos en celebridad de la paz.

Lo más á propósito sobre el particular es un abrazo muy apretado, entre todos los españoles, y á vivir honradamente cada uno de su trabajo.

CASCABELES.

En la tienda núm. 43 de la calle de Toledo y en la guantería de Dubost, calle de Carretas, se encuentra abierta una suscripción con objeto de obsequiar al valiente ejército del Norte el día de su entrada en Madrid.

Los productos de esta suscripción se destinarán á comprar lotes de tierra para sortearlos entre los soldados hijos de la provincia que más se hayan distinguido.

Cuando muchos soldados van á dejar el fusil, nada más provechoso que poner en sus manos el arado, haciendo que descanse su espíritu de los horrores de la guerra en medio de las risueñas dulzuras de la paz.

Si no fuera porque lo considero innecesario, suplicaría á mis lectores que al pasar por la calle de Toledo ó la de Carretas se acordaran de suscribirse.

Para el campamento de los Carabancheles han llegado, procedentes de Granada, ochenta y dos cajas de pólvora.

Uno de los soldados encargados de conducir las exclamaba al descargarlas con gran trabajo:

—Parece mentira que pesé tanto un poco de humo.

Los soldados españoles lo mismo hacen una heroicidad que una frase.

Parece que dos médicos han ventilado en duelo sus quejas recíprocas y que uno de ellos quedó muerto y el otro mal herido.

—Qué barbaridad, exclamó al oírlo un tendero de la calle de Toledo... ¡Matarse dos médicos! ¡Está visto... no les bastamos los parroquianos!

Nuestro amigo Frontaura está siendo objeto en Salamanca de grandes distinciones.

En esta ciudad hay un importante *Círculo agrícola*, y al felicitarle á su llegada, ha merecido Frontaura una expresiva comunicación.

La Junta directiva del *Círculo* pasó á felicitarle y oyó de sus labios los buenos deseos que le animan en favor del desarrollo de los intereses morales y materiales de la provincia y su propósito de ser inscrito como individuo de la Asociación.

Una de las iluminaciones más notables que se preparan en edificios públicos, es la de la casa de la moneda.

Se anuncia que será muy caprichosa y esplendente.

¡Si cubrirán la fachada con monedas de cinco duros!

Han sido encontrados varios fusiles de aguja en la calle de Magallanes, al lado del cementerio de la Sacramental.

Como la guerra ha muerto, no tiene nada de extraño que los fusiles anden alrededor de los cementerios, solicitando sin duda ser enterrados.

En el último baile de *Piñata* del Real, iba del brazo de un caballero excesivamente obeso, una joven excesivamente delgada.

—Mira, mira ese par, dijo una máscara á su pareja.

—Qué es lo que he de mirar.

—Ese perro pachon que se escapa con un hueso.

Ya se anima la ría de Bilbao, ya está el *Desierto* lleno de buques cargando mineral, ya se trabaja donde antes se peleaba. Hé aquí una noticia corta, que vale más que un buen discurso largo.

Bien por el Ayuntamiento, sí, señor, bien y retribien. Y digo esto porque ha tenido una idea excelente.

En la Puerta del Sol, donde se halla esa fuente que causa tantos reumatismos á los empleados de Gobernación, á los mancebos de las tiendas y á los desocupados que se pasan el invierno al sol y el verano á la sombra arreglando la cosa pública, va á erigirse un monumento que recuerde la Paz.

El monumento no sé cómo será, ni si llegará á erigirse; pero la idea es magnífica.

Y si al lado del monumento se hace un jardín y si á esa plaza que nada tiene de Puerta se le cambia el nombre por el de *Plaza de la Paz*, se cambia por completo la cara de Madrid por ese lado, y una de dos, ó se acabaron los motines en ese sitio céntrico, ó los motines que haya nos harán gracia cuando refieran los periódicos que en la *Plaza de la Paz* han andado á tiros.

Quiere decir que las refriegas quedarán relegadas á la *Plazuela de la Cebada*.

Entonces, cuando haya algún motin podrá decirse: «Cuestión de estómago.»



También las comisiones de la Liga de contribuyentes trabajan para que sus representantes diputados tomen activa parte en la discusión de los presupuestos.

Buena falta hace, pero como el asunto es árido, los bancos estarán vacíos cuando llegue el caso.

Es una lástima que no sea diputado Fernandez y Gonzalez, el ameno vulgarizador de la Hacienda española.

El hallaría en su ingenio el arte necesario para interesar y entretener á los diputados.

Ello es que algo hay que hacer para que acudan... aunque sea poner en música el presupuesto.

CHARADITA DIALOGADA.

—Yo te una y dos y deseo
Que entres por el una y tres....
—¡Cuatro! amiguito....
—¿No ves
Que me una y cuatro?
—¡Te veo!
—Juro....
—Es usted tres y dos
De cabeza.
—¡Me incomoda!
—Y le gustan á usted todas
Como al dos y tres....
—¡Por Dios!
Ten de mi pasión piedad,
Tu desden mi muerte labra,
Eres la media palabra.
—Y usted es la otra mitad
—Estoy todo de tu encanto....
—Tanto palique me harta,
Mi pecho dos tres y cuarta,
Para usted es de cal y canto.
Conque así el tiempo no pierda,
Busque en seguidita el modo
De dejar de ser el todo,
Ó ahórquese usted de una cuerda.

(Solución á la charadita del núm. 10.)

Que he trabajado confieso
Descifrando la charada,
Pero ahí va ya descifrada:
Digo que es *Peloponeso*.

UN SUSCRITOR.

En efecto, es *Peloponeso*, señor suscriptor, y como Vd. la han acertado la señorita doña María Pilar, N. de Herrera del Duque, la señorita D. I. L. de Madrid, y el marqués de S. (que no decimos ¿dónde está, porque desea guardar el incógnito.)

La *Charada infantil* la ha acertado un niño que promete. Hé aquí cómo la descifra:

La cosa que hará que al saco
Lleve al niño terso el coco,
Es ó mucho me equivoco
Nada menos que *cosaco*.

UN NIÑO DE TETA.

ADVERTENCIAS.

La redacción y administración de EL CASCABEL quedan establecidas en la calle de Jorge Juan, número 5, cuarto tercero izquierda.

De la administración de EL CASCABEL se ha encargado D. Manuel Fernandez Muñoz. Los señores corresponsales, suscritores y demás personas que tengan que hacer pedidos ó pagos á la administración, como asimismo cuantos entablen ó sostengan correspondencia con EL CASCABEL, de cualquier género que sea, se dirigirán á dicho señor D. Manuel Fernandez Muñoz, calle de Jorge Juan, núm. 5, cuarto tercero izquierda. Madrid.

MADRID.—1876.

IMPRESA DE MANUEL G. HERNANDEZ.
San Miguel, 23, bajo.